

HISTORIA DEL EREMITA. MIGUEL ESPINOSA O LA HETERODOXIA

PASCUAL GARCÍA

Resumen:

Historia del Eremita muestra ese carácter fragmentario de buena parte de los libros de Espinosa, mantiene el universo original de la primera obra, su vocación crítica, pero también su ambición de construir un ámbito narrativo novedoso y absolutamente propio, trasunto de una realidad que conocía muy bien el narrador, pero que enmascara, mitifica y literaturiza en una mezcla genial de clasicismo y modernidad, de estilo terso y culto y caricatura guiñolesca.

Palabras clave: Novela, crítica, razón, casta, sabiduría, idea, arte.

Espinosa's summary:

History of Hermit shows that sketchy character of a good part of Espinosa's books, who keeps the original universe from his first work, his criticism vocation, but also his ambition to build a novel narrative field and absolutely his own, reflection of a reality which the narrator knew very well, but which he hides, turns into a legend and makes it literature in an excellent mixture of classicism and modern age, smooth and highbroe style and puppeteer caricature.

Key words: Novel, criticism, reason, casta, wisdom, idea, art.

Como por arte de magia, casi como un milagro, aparece este nuevo libro de Miguel Espinosa,¹ no solo el mejor escritor murciano de todos los tiempos, sin duda, el más controvertido, complejo y contradictorio, pero también el más inteligente y de mayor talento, sino tal vez uno de los grandes escritores españoles contemporáneos, apenas conocidos por unos cuantos iniciados, que en su día tuvieron acceso a las primeras ediciones de esa media docena de títulos excelsa, minoritaria, difícil, que no podríamos encajar en ningún género literario concreto, porque en las páginas de Espinosa se combinan la vibración de lo poético, la música de lo legendario y lo épico y la sustancia verdadera de la idea y del concepto más acendrados.

Miguel Espinosa fue, en efecto, un escritor portentoso, muy alejado de las corrientes narrativas convencionales, apartado del mundo por decisión propia y, sin embargo, tan humano como las pasiones que experimentó y reflejó en todos sus libros, donde a veces su propia vida era el argumento y sus amigos, los personajes de la fábula.

Aunque es más conocido por *Escuela de mandarines*, quizás deberíamos reparar de una forma más minuciosa y atenta en obras de la altura de *Tríbada* o *La fea burguesía*, sin desmerecer a *Asklepios* o a *Reflexiones sobre Norteamérica*. Al cabo, el escritor nacido en Caravaca constituyó todo un ejemplo de intelectual comprometido con su época y con el hombre, pero siempre desde una perspectiva literaria, indirecta, metafórica, pues la idea que él posee acerca de todo está solo en sus libros al modo de ficciones donde se mezclan la reflexión filosófica, el estilo clásico, cuidado y culto, la altura poética y un argumento que nos remite con frecuencia, mediante imágenes, símbolos y alegorías, a un tiempo y a un espacio que no tuvo más remedio que sufrir en sus propias carnes y que se identifica con la sombra espesa y siniestra del Régimen, con el poder omnímodo, gregario, cínico y corrupto de la Universidad, que constituye el centro cultural del universo novelesco que desarrolla Espinosa de un modo hiperbólico y cáustico, erigiendo una fábula que remeda la corrupción intelectual y moral de una época muy concreta de este país, al que él ha llamado la Feliz Gobernación, y donde únicamente un Eremita posee el valor suficiente para enfrentarse con un sistema social y político cerrado y tiránico, estructurado en castas sociales herméticas e infranqueables: un príncipe, nos mandarines, nos legos, unos cabezas rapadas, unos hombres de estaca, la gentecilla y las primeras cosas.

El Eremita baja de las montañas para predicar entre los hombres en un mundo donde domina la ortodoxia y el respeto absoluto al Libro, al que solo tienen acceso los mandarines y que solo ellos interpretan: “Por el mismo Libro matan unos, y

¹ Espinosa, M. *Historia del eremita*. Alfoque Ediciones, Cieza (Murcia), 2012

otros mueren. Y todos están contentos; y todos afirman que ellos dicen lo que dice el Libro.”²

Miguel Espinosa, como indica el editor de este libro, Fernando Fernández, escribió tres versiones de *Escuela de mandarines* a lo largo de dieciocho años y varias redacciones de cada una. Ésta es la primera versión, escrita a mediados de los cincuenta, cuando el autor apenas contaba treinta años. Posee una entidad propia e independiente con respecto a la obra que ganara el Premio Ciudad de Barcelona y que publicó la editorial catalana, Los libros de la Frontera. Los lectores de Espinosa teníamos noticia de algunos inéditos, que guardaba celosamente su hijo, Juan. Albergábamos la esperanza de que en algún instante el heredero diera a alguna editorial estos tesoros; y nos hemos llevado una sorpresa mayúscula al enterarnos de que la editorial era murciana y más concretamente, Alfaqueque, de Cieza, dirigida por un excelente editor, que ha sabido convencer a Juan Espinosa y nos consta que ambos han realizado un esfuerzo conjunto e intenso para sacar de los manuscritos revueltos la obra acrisolada y limpia.

Historia del Eremita muestra ese carácter fragmentario de buena parte de los libros de Espinosa, mantiene el universo original de la primera obra, su vocación crítica, pero también su ambición de construir un ámbito narrativo novedoso y absolutamente propio, trasunto de una realidad que conocía muy bien el narrador, pero que enmascara, mitifica y literaturiza en una mezcla genial de clasicismo y modernidad, de estilo terso y culto y caricatura guiñolesca: “Dieciséis bolsillos tiene el vestido de un hombre vulgar, treinta y dos el de un mandarín; cien, el tuyo. Desde que la civilización lo es, los sastres no acaban de contar bolsillos.”³

La impronta de Espinosa en cuanto escribe resulta reveladora y reconocible. La defensa de las ideas y de la verdad, de la razón y de la justicia late bajo todos y cada uno de sus títulos, mientras el narrador se alza sobre sus criaturas con mano cruel y apenas compasiva, con inteligencia preclara y sin piedad alguna, mientras usa con sabiduría de una lengua que bien conoce y que retuerce a veces para lograr sus propósitos expresivos; como en la utilización de los diminutivos con el objeto de poner en evidencia el desprecio que sienten los poderosos por los que se hallan abajo: “En ti hay un tufillo que hiede a ropilla, a merienda vespertina, a toque de silencio, a ropas de lecho y a calzoncillos de becario.”⁴

Y, no obstante, buena parte de esta obra se mueve en proporciones excesivas y gigantescas, con lentitud y antigüedad de saurio, con formas fosilizadas y herméticas que recuerdan a universos de leyenda, como si la realidad que el autor vislumbra en aquellos años cincuenta tuviese un correlato mágico en estas páginas de man-

² *Ibidem.* P. 297

³ *Ibidem.* P. 26

⁴ *Ibidem.* P. 89

darines, príncipes y aguiluchos, con guerras incluidas y prisión para el Eremita heterodoxo, que lleva su palabra por el mundo como un reconocido profeta, como un mesías: “Los que ahora sufren, gozarán un día; y los que ahora gozan, sufrirán. Quienes mandan, obedecerán, y quienes obedecen, mandarán. Tal es la doctrina que yo predico.”⁵

La perspectiva de Miguel Espinosa aún la estética y la ética, o mejor, parte de la ética para conducirnos a una estética que resulta exclusiva, creada por él con los argumentos de las mejores fuentes literarias y filosóficas, parapetado tras el muro de una razón y de una dialéctica de raíz platónica con la que edifica un estado paralelo al espacio que habita, en el que conviven la gentecilla, los becarios, los mandarines y los hombres de estaca, dominado todo por la verdad absoluta del Libro, que obra en poder de los mandarines y al que sólo ellos tienen acceso.

La lucha entre la ortodoxia y la heterodoxia enfrenta a el Eremita con el poder; los hombres de estaca lo apresan y lo llevan a la capital del Imperio para presentarlo ante el Gran Padre Mandarín. Tras un juicio singular, lo conducen a prisión, de la que al cabo de un tiempo se libra. Pero el Eremita se siente acosado y extraño en mundo regido por unas normas fabulosas y estúpidas, extraídas del Libro, que sólo leen unos pocos: “Las palabras son como cadáveres de moscas que se escupen los súbditos del Príncipe, cordón de grasa que une boca con boca.”⁶

El Eremita va descubriéndonos un territorio de gestos y palabras vacías, donde impera un orden inamovible, unas fórmulas invariables, un protocolo tan vacío como férreo, en el que no existe otra posibilidad de ascender en el orden social que la sumisión y el servilismo: “El becario ha de ser untuoso, obediente, transitorio, pálido, austero y sumiso; y ha de llevar calzoncillos sin abertura, ha de dormir sobre tres almohadas, ha de comer sopa y ha de admirarse a cada instante de lo que dicen los mandarines o los legos de los mandarines.”⁷

Espinosa es implacable con la sociedad que lo rodea, aunque no es injusto, porque ha vivido en su propia piel algunas humillaciones que no olvidará. Tal vez el mundo universitario constituya el centro neurálgico de este orbe ficcional, disparatado y esperpéntico que el escritor nacido en Caravaca nos cuenta del modo más sereno, sin crispación alguna, con el poder de una palabra sustantiva, afianzada en conceptos de orden filosófico, en la que descubrimos las ideas de Platón entre otros muchos, pero que Espinosa logra acercarnos hasta nuestra época en una relato elemental en apariencia, repleto de símbolos, donde no falta el sentido del humor, si bien incisivo y mordaz, oculto detrás de un relato fabuloso que no parece remitir al lector a ningún tiempo, porque ha sido construido con ideas, arquetipos y concep-

⁵ *Ibidem.* P. 223

⁶ *Ibidem.* P. 102

⁷ *Ibidem.* P. 347

tos: “La ortodoxia no se halla en el individuo, sino en sus palabras. Porque la ortodoxia no reside en el corazón, y sí en los vocablos que salen de la garganta.”⁸

Espinosa extrae de la lengua sus últimos sentidos y la usa para dar nombre a lo que apenas muy pocos habían tenido en cuenta; quizás, por esto, los libros del autor murciano sean luminosos en algún sentido y reveladores, pese a que en apariencia podrían resultar, y siempre a primera vista, un tanto oscuros. La fábula de Espinosa propone siempre otros territorios y se olvida de contar una historia por el mero placer de hacerlo. De ahí que él no llame a sus obras novelas, aunque hallemos en ellas personajes, territorios y acciones, sino que las denomine libros. Y así deben ser entendidos, pues que en ellos confluyen todas las formas literarias, filosóficas y humanistas y son más que el reflejo del universo, son un universo en sí mismas, construido con palabras y conceptos, con estructuras racionales y nominaciones extraordinarias, con la verdad desnuda de los vocablos necesarios y el talento de incidir en aquellos espacios que permanecen a oscuras, intocados y que la pluma de Espinosa sabe convertir en auténticas revelaciones sin renunciar a un sentido del humor extravagante, crítico e inteligente: “Un poco de dinero te hará inmediatamente un poco tonto; y un mucho de dinero, un poco más tonto. Por ningún otro medio se puede volver tonto al sabio.”⁹

La inquina contra el falso mundo del conocimiento que representa la Universidad como institución gobernada y manipulada por los mandarines del Régimen es obvia, sobre todo si la ponemos en relación con su voluntad, frustrada muy pronto y de un modo injusto, de pertenecer en calidad de profesor a la misma. El orbe espinosiano posee ese carácter satírico, burlón y jocoso bajo el que palpita una corriente de gravedad y rigor, de escepticismo e inclemencia encubierta que se corresponde con otras tantas revanchas personales que él acierta a elevar a categoría de mitos hasta convertirlos en cuestiones de interés social: “Las cosas de este mundo pasan y transcurren, como los sucesos; mas el sabio permanece, como el Libro.”¹⁰

Al lector avisado, con el conocimiento suficiente acerca de la vida de nuestro escritor, que ha leído todos sus libros y reconoce los guiños externos, los personajes reales, los sucesos que acontecieron de verdad, las páginas magistrales de Miguel Espinosa le traen a la memoria otros títulos de la historia de la literatura donde sus autores mezclaron vida y poesía en una alquimia singular de la que supieron extraer la quintaesencia de sus propósitos, como lo hicieron Dante, Miguel de Cervantes o Allan Poe, por citar unos pocos nombres. En alguna medida todos ellos tomaron revancha de ciertas penalidades, frustraciones o vicios en la construcción

⁸ *Ibidem.* P. 284

⁹ *Ibidem.* P. 20

¹⁰ *Ibidem.* P. 236

de esos monumentos literarios que sus lectores, algunos siglos más tarde, seguimos leyendo con sumo placer, e incluso incluyeron a determinados personajes reales, fácilmente reconocibles, como lo hace asimismo nuestro novelista.

Espinosa tiene de común con ellos su faceta de creador absoluto, no solo en cuanto a los argumentos, aconteceres y tramas, sino en una manera peculiar y original de decirlo todo, en la que hallamos el cuidado por la lengua culta, propio de los clásicos y el atrevimiento y el descaro de una inteligencia punzante y sardónica, más cercanos a nuestros días y, sobre todo, a los días de Espinosa. La novedad del escritor murciano es haberse convertido en un autor sin tiempo o, lo que es lo mismo, en un escritor eterno, con vocación de permanencia, en lo que él denominaba un escritor de destino, como el propio Eremita proclama en un momento de esta obra: “Yo soy un hombre de destino, aunque no pretenda serlo.”¹¹ Su clasicidad procede de ese rasgo tan identificable, tan evidente en todas y cada una de sus páginas, pues Miguel Espinosa escribió siempre con el peso y la conciencia de que alguna vez su obra encontraría las coordenadas espaciotemporales adecuadas, y de que, al fin, se le entendería en su totalidad, se le valoraría definitivamente y como consecuencia, se le admiraría, como pretendemos unos cuantos, como uno de los mejores escritores españoles contemporáneos y, a la vez, como uno de los más raros, de los más exquisitos, de los más marginales.

De ahí que resulte sencillo la identificación de su persona con ciertas criaturas de sus libros, como este Eremita que anda por el mundo predicando su palabra contra la palabra del poder y que, justo por esto mismo, sufre persecución y cárcel: “Los mandarines andan buscándome, y un día caeré en sus manos: esta mañana me han llamado y me han dicho: “Sabemos que eres heterodoxo. Di tu doctrina.”¹²

La lucha, la resistencia y el conato de revolución son de naturaleza conceptual y lingüística, porque el ámbito novelesco espinosiano tiene este material como constituyente único. Lo verbal inteligente como revelación contra lo instituido y caduco, arrastrado por la costumbre, la tradición y la fuerza. El Eremita desciende de las montañas para predicar un mensaje nuevo, con un propósito mesiánico por el que se granjea la animadversión de los que mandan: “Intentan hacer ver al pueblo que estoy contra el pueblo, porque no digo lo que dice el Libro.”¹³ Surge, por ello la heterodoxia contra la norma y la convención mandarinescas. Espinosa construye su discurso con el sarcasmo, la burla y la ironía, que han sido desde antiguo armas indeseables para tiranos de pelaje vario, habituados a echar mano de la violencia y de la fuerza a la más mínima revuelta, pues el mandarín suele rodearse para su

¹¹ *Ibidem*. P.143

¹² *Ibidem*. P. 98

¹³ *Ibidem*. P. 99

defensa de los hombres de estaca: “¿Acaso ignoras que la estaca es necesaria? Pues la estaca resulta irremediable.”¹⁴

Miguel Espinosa adentra a sus lectores en un territorio tan mágico como irreal, y, sin embargo, sabemos muy pronto que cada personaje, cada situación posee un referente externo y ha nacido de una anécdota verdadera en unos años de penumbra política y de tristeza social, en los que solo había un pensamiento, es decir, un Libro, y la obligación de actuar de acuerdo a sus dictámenes. Espinosa vivió en ese mundo cerrado de la Murcia tardofranquista y conoció las contradicciones y las miserias culturales de un régimen vacío, en el que unos pocos poseían las palabras necesarias e importantes, las palabras decisivas, y hacían uso de ellas para ir contra los que discutían y dudaban de aquella doctrina: “Él mismo ha confesado que tiene demonios en el corazón. Es un hereje y ha escandalizado nuestros oídos. Culpable es.”¹⁵

Resulta sencillo ver en las palabras y en los gestos del Eremita, el personaje principal de esta obra, la personalidad y las palabras del propio Espinosa, su ejemplo y su cuerpo general de ideas, de un evidente carácter filosófico, pero muy cercano a la existencia, valiente y despojada de adornos innecesarios, exagerada a veces, como corresponde a un relato con pretensiones de destapar la falsedad de una época y de unos hombres y dejar en el acontecer creativo de los años una muestra valiosa y firme de la verdad acrisolada por un hombre que padeció la marginación y el exilio interior y, no obstante, se rebeló contra las fuerzas oscuras que le impedían el noble ejercicio de la inteligencia y de la razón: “Si el acusado es analfabeto, hijo de la gentecilla, y pobretón vestido de harapos, como se ha probado, ¿qué sabe de demonios?”¹⁶

Miguel Espinosa combate contra los enemigos de su tiempo y deja constancia de todo ello en sus obras; cada una diferente a las demás, pero todas ellas unidas bajo un mismo sustrato de voluntad y de talento, de rebelión y de inteligencia, de noble protesta y de pasmo continuo: “Dios ha creado al Príncipe y los mandarines para que el príncipe y los mandarines se entiendan.”¹⁷ Descender hasta la realidad sociopolítica de los años en que el escritor murciano concibe este libro, la década de los cincuenta, en una pequeña ciudad de provincias, y ponerlo en conexión con el sentido último de la fábula supondría una operación excesivamente sencilla. No obviaremos, sin embargo, porque estaríamos faltando a la verdad, que todas y cada una de las obsesiones literarias y filosóficas del narrador de Caravaca proceden de su propia existencia, su apartamiento de determinados cenáculos sociales y políti-

¹⁴ *Ibíd.* P. 109.

¹⁵ *Ibíd.* P. 113.

¹⁶ *Ibíd.* P. 123.

¹⁷ *Ibíd.* P. 200.

cos, su deseo de haber pertenecido, de buena ley, a la comunidad universitaria o de que sus libros hubiesen recibido el beneplácito más contundente de la crítica, el público y la ciudad en la que vivía. Todo esto y más, incluidas sus relaciones sentimentales, sus amigos con nombres y apellidos, sus enemigos y su familia están en sus libros y sus lectores podemos rastrear su presencia, aunque de todo ello, de sus vivencias, sus fracasos y sus desencuentros, sus contradicciones y su humanidad, el genio literario de Espinosa llevó a cabo una obra sublime y compleja, cuyo principal basamento es *Escuela de mandarines*, que se alzó con el Premio Ciudad de Barcelona y que fue reconocida por intelectuales, tan solventes como de diferente signo político, como Manuel Fraga Iribarne o Enrique Tierno Galván. *Historia del Eremita* es uno de esos títulos de cuya existencia sus incondicionales sabíamos y cuya publicación esperábamos con ansia. Ha sido Fernando Fernández, y su editorial Alface, el elegido por Juan Espinosa para este gran acontecimiento que celebramos y del que nos congratulamos todos sus lectores. No entraremos, porque no parece pertinente, en vanas comparaciones entre uno y otro título. Baste con que después de tantos años seamos capaces de leer y disfrutar de un viejo y prestigioso inédito, misterioso para todos nosotros, que no puede dejarnos indiferentes, como todo lo que concibió Miguel Espinosa, el mejor escritor murciano de todos los tiempos, uno de los mejores escritores españoles del siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA DEL AUTOR

Historia del eremita. Alface Ediciones, Cieza (Murcia), 2012

Escuela de mandarines. Los Libros de la Frontera, Barcelona, 1974

Tríbada. Editora Regional de Murcia, Murcia, 1986

La fea burguesía. Alface, Madrid, 1990

Asklepios. Editora Regional de Murcia, Murcia, 1985

Reflexiones sobre Norteamérica. Editora Regional de Murcia, Murcia, 1957